



MARLON BRANDO: UNO CONTRA TODOS

Al adquirir la propiedad de un atolón de la Polinesia francesa, Marlon Brando concretó su condición de hombre situado al margen de la estructura actual de su país.

«Estar en Tahití me da la sensación de vivir en proporción de uno a uno», dijo a la periodista Shana Alexander, en una entrevista para «Life», asegurando por rechazo que vivir en Estados Unidos significa vivir en proporción de uno contra todos.

Si esto se vincula a su participación en «El padrino», caracterizando un mafioso en un film dirigido a ofrecer una caricatura de las corporaciones norteamericanas, Brando se convierte, instantáneamente, en la imagen de un hombre que ha sobrevivido.

Esta supervivencia la debe a su talento y, por supuesto, a una realidad que no es la misma que permitió a Hollywood, en otros tiempos, neutralizar a otros disidentes.

Griffith no pudo resistir como Brando, y en los últimos veinte años de su vida le fue imposible dirigir un solo film, contrastando su ruina con la prosperidad de Cecil B. de Mille, cuya personalidad vulgar, comercial y fastuosa fue la más característica del periodo mudo de Hollywood. Igual suerte corrió el austriaco Erich von Stroheim, todo un símbolo de la era en que el cine norteamericano, vinculado ya a los sectores económicos dominantes, interrumpió su carrera como realizador.

«Ante él se clausuraron las puertas de los estudios», dice Georges Sadoul, que califica este hecho como el momento mismo en que Hollywood comenzaba a triturar o a eliminar la personalidad y la individualidad de los artistas.

Brando no se dejó vencer por esta estructura que conduce a la cámara de gas del silencio, del olvido, del anonimato o la claudicación a todo aquel que se propone desafiarla. Los dieciocho años transcurridos desde su consagración, en 1954, le dieron un prestigio oscilante entre la intrascendencia y la genialidad.

En todo ese tiempo, Marlon Brando hizo películas buenas y malas. Parecía inmerso en una búsqueda incesante que le conduciría a la catástrofe o al triunfo. Sólo su intuición le guió con relativa suerte en algunos rodajes; pero también,

No hay en castellano ninguna palabra que exprese exactamente lo que los franceses llaman la «rentrée». No tiene sólo el sentido de la vuelta a casa o a la ciudad donde uno vive después de un viaje o unas vacaciones, sino también el de la reanudación de las actividades normales tras el período de descanso. Los que han podido salir de vacaciones —su número en España es sensiblemente inferior al de las demás naciones de Europa— han vuelto ya, dispuestos a atacar el nuevo año. Empiezan los colegios, el fútbol y las quinielas, las polémicas periodísticas, los discursos políticos, las sesiones de Cortes. Ya estamos todos. Comienza, como suele decirse, el baile. Después del veraneo, un período un poco tonto, aunque necesario para el descanso de los pluriempleados ciudadanos, la «rentrée» nos hace recuperar el hilo de la «normalidad» nacional. Al regreso de la evasión encontramos otra vez el paisaje habitual, aterrador unas veces, pintoresco otras, de nuestra realidad. No es que eso que hemos dado en llamar normalidad haya dejado por un momento de funcionar. No descansa ni se toma vacaciones. Es la ofuscación del verano lo que puede hacer olvidarlo. Volver y reconocerlo es todo uno. Basta un minuto para recordar, otra vez, el país en que vivimos. La política emprendida por el Gobierno para detener el alza de precios ha traído consigo en estos meses un aumento que las estimaciones más optimistas calculan en un 7,5 por 100. Han subido los colegios, cosa nada rara si se tiene en cuenta que lo previsto es la enseñanza gratuita. Con las tradicionales lluvias de fin de verano se han producido las tradicionales inundaciones en Cataluña. El Llobregat y el Besòs, dos ríos que, como decía el año pasado «La Vanguardia», no son al fin y al cabo ni el Yang-tsé ni el Ganges, no faltan ningún año a su cita. Hay que reconocer que, en esto, son bien educados. Vienen advirtiéndolo desde siempre sus posibilidades de hacer daño. Esta vez «no ha habido que lamentar desgracias personales», pero muchos barrios de Barcelona y de ciudades como Sabadell, Hospitalet, Martorell, Santa Coloma, Granollers, Badalona y Masnou, entre otras, han sufrido las inundaciones.

A propósito de inundaciones, Madrid también las ha sufrido. Numerosos barrios de la capital, entre ellos algunos de endebles



LA «RENTRÉE»

chabolas, que da rón inundados por las lluvias del otro día. No sé si don Antonio Izquierdo, columnista del «Arriba» y defensor oficioso del Ayuntamiento madrileño, se va a ofender y va a decir que es insidioso recordar esto, pero lo cierto es que se inundó incluso el pasco de la Castellana. En la calzada, al parecer, más transitada de España, había el otro día un palmo de agua empantañada. ¿Puede alguien comprender que no tenga desagües adecuados la avenida que ha venido siendo la niña mimada del urbanismo madrileño? ¿Cómo habrá sido la cosa en el Pozo del Tío Raimundo?

El automovilista de la «rentrée» se encontrará también otra vez con la implacable y maleducada grúa municipal y con una subida respetable del precio de los aparcamientos. En verano no se ha dejado ver mucho la grúa. Había holgura en los estacionamientos callejeros. Lo que sí se veía, aunque pareciera mentira, era a los guardias poniendo multas en lugares donde sobra b a sitio. Un amigo mío encontró un día al guardia poniéndole una multa porque había pasado media hora más de lo establecido en un estacionamiento de la zona azul. Dice que en el aparcamiento había muy pocos coches. Intentó hacer ver a la autoridad que era innecesario cambiar el coche de lugar, puesto que nadie necesitaba ocupar el suyo, pero el guardia le dijo: «A mí no me diga usted nada. Son cosas del alcalde». De lo que verdaderamente se trata no es en el fondo de solucionar el problema de la circulación, sino de aplicar el rigor de la letra de la ley para sostener el principio de autoridad. A mí, no hace mucho, me enviaron un papelito de multa por alguna infracción cometida en la carretera. Miré cuál era mi delito y resultó ser: «por

circular con el alumbrado de cruce, elevándose el haz luminoso sobre el nivel del eje, produciendo deslumbramiento». Recibí el papelito una semana después de mi infracción y, como aquella noche no me di cuenta de que llevaba mal el proyector, fui molestando sin querer a los que venían en dirección contraria. Pienso que habría sido mejor que me indicaran en el momento lo que pasaba, a fin de evitar el peligro que el deslumbramiento producía. Dudo mucho que sea con multas que pueda ponerse coto al trágico «record» de accidentes que hemos batido este verano. No cabe duda que parte de los accidentes se deben a imprudencias de los automovilistas. Pero, ¿y cuando uno va tranquilamente circulando y hay de pronto en la carretera un tremendo y no señalizado bache? España es, evidentemente, el país de los contrastes. Es un lugar donde una carretera de primer orden puede enlazar directamente y sin solución de continuidad con algo parecido a un camino vecinal. La otra noche, en un viaje entre Barcelona y Madrid encontré, a la entrada de Zaragoza, un excelente tramo de autopista, que no era de peaje, con magnífico firme y lujosos carteles y señales anunciadoras. Circulaba yo encantado cuando de pronto, apenas cruzar el puente sobre el Ebro, entré en el infernal tramo que va a lo largo del río, ya dentro de la ciudad. Parece una calle de la época de la guerra la que me tocó recorrer después de la elegante autopista.

Y ya que hablamos de autopistas, ¿cuál es la razón de que en España, país de mano de obra más barata que la media europea, las autopistas sean para los automovilistas casi el doble de caras que las francesas o las italianas, sin hablar ya de las alemanas o las suizas, que son gratuitas? Este es un misterio difícil de entender. El caso más flagrante del negocio de las autopistas es el de la que, a través de los nuevos túneles, atraviesa la sierra madrileña entre Guadarrama y San Rafael, en la carretera Madrid-Coruña. El túnel antiguo, para un turismo que no quería subir al Alto de los Leones, valía 35 pesetas. El túnel nuevo vale ochenta, y al automovilista no le queda otro remedio que tomarlo, a no ser que quiera pasar el puerto. El tramo de autopista construida no lo justifica, porque sale a muy pocos kilómetros de San Rafael. ¿Por qué entonces este aumento? Arcanos nacionales. ■ LUIS CARANDELL.

más de una vez, le llevó al borde del abismo en su carrera como actor.

Ahora Brando reencontró la ruta. «Ya no hay necesidad de hablar trágicamente de su carrera cinematográfica», escribe Paul D. Zimmerman en las páginas de la revista «Newsweek». Para el crítico norteamericano, su actuación en «El padrino» (lo que promete ser el equivalente de «Lo que el viento se llevó» en las películas de pandilleros) regenera su carrera filímica.

La historia de los films de pandilleros del cine norteamericano parte de «Las noches de Chicago», de Josef von Sternberg, que por primera vez incluyó un gangster en la pantalla, un tipo salido directamente de la realidad americana. Luego se extiende a lo largo de una interminable relación de títulos que hacen del gangster un ser violento, marginado, pero triunfante, justificadamente situado en una posición de desafío frente a un mundo lleno de contradicciones. Y culmina ahora, con esta producción de dos millones y medio de dólares, dirigida por Francis Ford Coppola, un director de treinta y un años.

El Vito Corleone de Marlon Brando, «una figura misteriosa e compleja, nello stesso tempo padre e assassino», fue configurado pensando en el actor. Así lo declaró Mario Puzo, autor del libro original (que ya alcanza los once millones de ejemplares vendidos en el mundo) en que se basa el film.

El mafioso Corleone es una extraña mezcla de fuerza y don de mando, tristeza y fracaso. Marlon Brando administra estos cuatro factores con la sencillez y la habilidad que su experiencia, su intuición y su genio le permiten. En eso coincide toda la crítica especializada.

Aprovecha además un tema que ejerce, sobre el espectador contemporáneo, una especie de hechizo. «El mafioso es como el viejo «cow-boy» —dice el «Time»—. Se puede no compartir lo que él hace, pero su historia es fascinante». Esa fascinación es la que «El padrino» ha redescubierto para el ángulo comercial del mundo capitalista.

«Explotando esa brecha se están reimprimiendo libros como la novela de Jimmy Braslin («The Gang That Couldn't Shoot Straight»), una parodia del «gang» del hermano Gallo —ha revelado la revista italiana «Panorama»—, y circulan en ediciones populares «La madrina» y «Los papeles de Valachi», es decir, las Memorias de José Valachi, uno de los personajes más conocidos de la Cosa Nostra, que, junto a «América también es italiana», se ha convertido en uno de los libros más solicitados de los últimos tiempos».

El éxito de Brando es, a la vez, el nuevo éxito de una temática no agotada aún. Con su intervención

BRANDO

en «El padrino», el actor ha brindado a la Paramount (que en principio se opuso a cederle el papel) una saludable inyección de entusiasmo.

Es arriesgado pelear desde dentro, pero Brando da muestras de saber hacerlo. De su marginalidad ha hecho todo un estilo, una manera de sacudirse la podredumbre, el mecanismo y la impresión de triturado que a otros muchos actores les abate.

El éxito no es todo para este actor natural, soberbio y malhumorado, que revolucionó (en los años cincuenta) el arte dramático norteamericano. El éxito le ha dado dinero, «pero no me ha dado la sensación de estar incorporado al gran experimento norteamericano llamado "democracia". Siempre de alguna forma me he sentido violado», le ha dicho a la prensa en más de una ocasión.

Por eso ha preferido Tahití a Beverly Hills. «Allí se dispone del coco en el árbol, del pez en el agua, y si se desea algo para comer hay que conseguirlo». Este tipo de actor no es el que desea un cine que es, desde hace muchos años, un negocio de Estado.

La sentencia de William Hays («La mercancía sigue al film; en todo lugar donde penetra el film americano vendemos más productos americanos») sigue vigente para la cinematografía norteamericana.

Dentro de este contexto, Marlon Brando sólo puede ser lo que es: un solitario hasta hoy indomable. Un solitario que aprieta el gatillo contra todo lo que se mueve en ese mundo que rechaza y al que reta; el mundo que puede ser suyo, pero sólo en la medida en que el actor se decida a claudicar.

Por otra parte, Brando no ha limitado sus críticas a la esfera política de Estados Unidos. Cuando anunció su propósito de iniciar una campaña mundial para combatir la matanza de indios en Brasil, la FUNAI (Fundación Nacional del Indio Brasileña) le hizo disparos de respuesta. El rebelde no se inmutó. A pesar del millón de dólares que la Cruz Roja Internacional ha concedido para auxiliar la asistencia sanitaria del indio brasileño, el actor ha insistido en que esa ayuda determina el fin del genocidio indígena. De difamar la imagen exterior del Brasil le ha acusado el régimen de Garrastazu Médica. Pero a Marlon Brando no parece importarle esa reacción.

Shana Alexander dijo en «Life» que este actor de cuarenta años tiene una actitud muy concreta hacia todas las cuestiones que se plantean, tanto importantes como triviales. La observación es de una agudeza definitiva. Brando suele ser severo en sus apreciaciones. Sobre todo consigo mismo. A veces parece que esa severidad de sus juicios fuera el centro neurálgico de su filosofía sobre el arte, sobre la existencia que todo lo con-

centra en el esfuerzo. «Uno tiene que disgustarse consigo mismo —le gusta decir—, de otra manera no puede actuar».

Sin embargo, reconocido como «el mejor actor nato de nuestra época», Brando se resiste terca-mente a los elogios. «He aprendido que rara vez una persona hace una declaración amorosa sin esperar una respuesta», le dijo a Shana.

Esa frase explica, de cierta manera, las penas de su derrotero (después del triunfo) convertido en un gigante atrapado en todas esas películas inferiores, como dijo Ella Kazan, posteriores a «Nido de ratas».

Su integridad no ha sufrido erosiones lamentables, pero el actor se ha sensibilizado ante el elogio (más que ante el vituperio), sorprendido entre manejos administrativos que no entendía y desconcertado de la crítica especializada que, en todos estos años, confundía el hecho de actuar con la necesidad de triunfar.

De sus tiempos de mercancía guarda ingratos recuerdos que siempre le inclinan a filosofar acromente. «El éxito es un simpático fenómeno norteamericano que tiene lugar si uno puede ser vendido como "El trigo desmenuzado Humphrey Bogart" o "Los relojes de pulsera Marlon Brando". Cuando uno no logra ser aceptado, la gente no le quiere contratar a uno y sus valores suben y bajan igual que sube y baja el mercado de valores».

Ahora sus valores han ascendido. Su actuación en «El padrino» le sitúa nuevamente en la primera línea. Su confrontación con la industria del cine no ha terminado aún, por supuesto, recién comienza después de la generosa alternativa que este film de la mafia le ha brindado.

«La mafia es... tan norteamericana», dice Brando. Y cualquier acercamiento que uno realice sobre esta frase le estará indicando que entre esos puntos sucesivos está su visión del gobierno y la sociedad norteamericana; de la estructura dentro de la cual está desarrollando su pelea.

Por ahora, Marlon Brando y su film están rindiendo jugosos dividendos a otros sectores. El tema fascina y miles de lectores se lanzan detrás de esta «literatura» mafiosa que ya ha conseguido varios «best-sellers».

«La honorable sociedad», de Jacques Kermaoal, se agotó en pocos días. «Onora tuo padre», de Guy Talese, ha vendido ya más de trescientos mil ejemplares y ha sido traducido al francés, al español, al japonés y al italiano.

Como una complicada conjura del destino verá Brando este regreso triunfal a la pantalla. Desde lejos, temerosa de sus reacciones, la maquinaria comercial le acecha. Está lista para dispararle, lista a saltar sobre el rebelde que la desafía. ■
JOAQUIN G. SANTANA.

EL CIUDADANO COMO PROPIEDAD DEL ESTADO

Las condiciones que las autoridades soviéticas ponen (tras las últimas negociaciones) para la emigración a Israel de sus ciudadanos judíos son dos: un cupo numérico (entre veinte y treinta mil salidas al mes) y un pago en metálico. Este pago es de 900 rublos (unas 54.000 pesetas) por derecho de visado y por abandono definitivo de la ciudadanía soviética, pero ahora se eleva en ciertos casos de técnicos. Un licenciado en Letras deberá pagar 27.000 pesetas; un médico, 550.000; un doctor en Ciencias, 580.000. Más unas primas variables, según los años invertidos en la preparación de las tesis, o las tesis mismas, de forma que, por término medio, un científico de cierta calidad no podrá abandonar el país y la ciudadanía soviética si no paga previamente 30.000 rublos: 1.800.000 pesetas.

Es un precio justo. Precisamente lo que ha costado hacer de un niño cualquiera un doctor en Ciencias. Como la educación en la URSS es enteramente gratuita, desde el principio hasta el fin de la vida del ciudadano, a éste se le ha enriquecido en aproximadamente esa cantidad de dinero: si abandona y hace inútil la inversión económica, deberá reintegrar el dinero. Es un precio barato, si se compara con lo que se paga en nuestro país por un futbolista, y resulta ridículo si se tiene en cuenta la diferencia de beneficios que da a una comunidad un científico y un futbolista.

El tema, además, es trascendente. Corresponde a las quejas de numerosos países por la llamada «fuga de cerebros», que se hace siempre en el sentido de menos desarrollados a más desarrollados, con grandes implicaciones. Preparar un médico en Kenia o en Haití es —relativamente al poder económico del país— mucho más caro y requiere más sacrificios para estos países que para la URSS; cuando este médico se va a un país donde se le paga mejor o donde tiene más probabilidades de investigar y trabajar (en Europa hay verdaderos contratistas americanos que se llevan sabios a su país), la pérdida sólo tiene una reparación: contratar otro médico en el extranjero. Pero los médicos que emigran a países subdesarrollados suelen ser los que, por falta de calidad o preparación, no triunfan en su país de origen; y el que le importa debe pagar un salario elevadísimo por él (los contratos a técnicos extranjeros se hacen con precios muy altos),

además de continuar con una colonización invisible (el idioma del médico, los productos de laboratorios extranjeros que éste receta, sus relaciones con su país de origen, etc.). Es decir, se trata de una pérdida grave. (Empleamos el ejemplo del médico de una manera simbólica: cualquier otro especialista, técnico o científico, está en igualdad de condiciones). En el caso soviético, especialmente, la cuestión se complica por la política. Enviar judíos a Israel es favorecer la política de expansión por «espacio vital» del pequeño Estado, fortalecerle; en un momento en que los aliados de la URSS son los árabes (aunque sus relaciones actuales se hayan enfriado notablemente). Con este punto de vista, las trabas soviéticas a la salida de judíos hacia Israel parecen considerablemente lógicas. No tienen nada que ver con los «progroms», las persecuciones a los judíos o la ternura de «El violinista en el tejado». Es una situación inversa a la conocida hasta ahora en Europa: se ha pasado de la expulsión a su retención.

Pero hay otro punto de vista muy considerable: el del ciudadano en sí. ¿Puede considerarse que un ciudadano es propiedad del Estado? ¿Puede considerarse a un hombre simplemente como el recipiente de una inversión hecha por la comunidad en que habita? Son éstas cuestiones que no deben nunca perderse de vista. Un Estado no debe tener jamás derecho de impedir la salida, por ningún motivo, de uno o muchos de sus ciudadanos. No debe olvidarse tampoco que cuando un ciudadano desea abandonar el país en el que vive, o dejar de considerarlo como suyo, es porque dentro de él no se han creado las condiciones necesarias para que su voluntad le retenga en él. En una Europa donde la mano de obra es objeto continuo de compraventa, donde los movimientos obreros de emigración ilegal están severamente reprimidos, donde grandes masas de hombres y mujeres se desplazan porque en su hábitat ancestral les es imposible la vida, o en un mundo donde se produce el caso de los asiáticos expulsados de Uganda, la cuestión de los judíos de la URSS es un tema más: la ampliación que se le está dando es enormemente útil para llamar la atención sobre esta anomalía del ciudadano como propiedad del Estado, como mercancía, como algo que se puede retener o rechazar en contra de su voluntad.